



TRIBUNA ABIERTA

No enfada quien quiere



POR ANTONIO NARBÓN

Tras ocuparme durante más de medio siglo de los acentos del andaluz, sigo sin saber definirlos. Pero sí he aprendido que no basta con fijarse en unos cuantos hábitos articulatorios

Como todos los años, en torno al 28 de febrero, el Centro de Estudios Andaluces hizo públicos los datos sobre el grado de identificación de los andaluces (casi todos continúan sintiéndose muy o bastante «orgullosos» de serlo) con los símbolos de la región. Ha hecho saltar la alarma, una vez más, el que cerca de dos tercios se «enfadan» cuando se critica su acento, lo que ocurre un día sí y otro también. Lo raro es que cuando se pregunta a los 1200 «residentes en la Comunidad Autónoma» que constituyen la muestra si les irrita que critiquen su modo de hablar no hayan respondido todos afirmativamente.

Para una cabal comprensión de los resultados de esta clase de encuestas, haría falta conocer el perfil de los consultados, porque, aparte de que resulte casi inviable acceder a la conciencia «lingüística» de los individuos -cuya «media» (¿) nos proporcionaría la «colectiva»-, no hay duda de que todos han entendido «criticar» en su acepción segunda (‘señalar defectos’), no en la primera (que requiere un previo análisis riguroso de los criterios de valoración aplicables), y es seguro que no coinciden en lo que entienden -si es que se lo han planteado- por «acento» ni en lo que creen caracteriza al «andaluz». De ahí que éste se contemple como singular y homogéneo («me conocen en todo el mundo por mi acento»), cuando salta «al oído» su pluralidad y heterogeneidad. Es lógico que se tienda a un juicio global, y que se reaccione con su rechazo en conjunto.

Tras ocuparme durante más de medio siglo de los acentos del andaluz, sigo sin saber definirlos. Pero sí he aprendido que no basta con fijarse en unos cuantos hábitos articulatorios. Los primeros avances del trabajo actual de un grupo investigador de la Universidad granadina, que lleva a cabo los sondeos a través de las redes sociales, aluden al descenso del número de receantes (llamar zozo al que no tiene gracia), al progreso de la distinción (no pronunciar de igual modo sesión y cesión), al retroceso de la abertura vocálica propia de granadinos o cordobeses y a la relajación de la «ch» (el pisha de los gaditanos)... esto es, lo mismo que algunos llevamos diciendo desde hace décadas ¿Estarían tales rasgos -que ni mucho menos comparten todos los andaluces- dejando de formar parte del «acento» andaluz ¿Y el seseo? Se ha hecho «viral» la indignación de una madre sevillana que vive en Madrid, a quien la profesora «de lengua» solicita que su hija se corrija y no diga «seresa». Pero si del aproximadamente 95% de los hispanohablantes que sesean forman parte únicamente un tercio

de los andaluces, quizás tampoco el seseo serviría para definir el acento de (todos) los andaluces.

Pero ¿por qué irritan tanto unas «críticas», infundadas, a unos pocos fenómenos fonéticos? Aparte de recurrir a las razones, bien conocidas, que tienen más que ver con la marginación, la pobreza y el analfabetismo que con un supuesto «complejo de inferioridad lingüístico», importa recordar la singularidad del comportamiento lingüístico oral. Cuando se nos reconviene por «desviarnos» de las normas sociales, tras la inicial contrariedad, solemos acabar -a menos que el anclaje en la tozudez lo impida- «entrando en razón». Sin embargo, por lo que concierne a la conducta idiomática, ni siquiera nos es posible ponernos de acuerdo acerca de quiénes hablan (no dónde se habla) «bien» o «mal», el «mejor» o «peor» español. Lo único claro es que en el desprecio de los urbanos hacia los «provincianos» o «rurales» no puede basarse ninguna clase de «supremacismo» ni imposición, porque todas las lenguas, sin excepción, viven únicamente en sus variedades. Otra cosa es que los hablantes de cada una de estas tienda a «barrer para dentro», simplemente por aquello de que a nadie «le huelen sus p... ni sus hijos le parecen feos».

Las «críticas» casi siempre se han dirigido al habla de aquellos que, al no conversar más que coloquialmente con sus vecinos y amigos de «toda la vida», no tienen «necesidad» de adaptarse a otros entornos, por lo que no han de plantearse si les

viene atenuar la fonoeleipsis, abandonar la aspiración de la inicial de «hambre» o de la interior de «lah peheta», etc., y nada les «preocupan» sus oscilaciones e inseguridad. Pero en Andalucía son cada vez más los que, en ciertas situaciones, pueden y saber elegir el registro adecuado, y modifican -sin esfuerzo ni «coste» alguno- ciertos usos lingüísticos (no sólo hábitos articulatorios). No se trata de mimetismo, pues consideran los patrones a que

se adaptan igualmente «propios», por lo que hacerlo no supone «traición» a nadie ni a nada. Los responsables del CENTRA deberían averiguar, en el próximo sondeo, por ejemplo, cuántos profesionales de los medios de comunicación audiovisuales pronuncian las -s finales de sílaba o palabra («los centros históricos de muchas ciudades andaluzas están abandonados») y cuántos no (y no porque las «oculten», como se ha dicho) o las «aspiran». Y ¿quién no ha «recuperado» alguna(s) en un diálogo con receptores más o menos «distantes», sin conciencia alguna de «deslealtad»? Incluso en las actuaciones coloquiales cotidianas, son más los que realizan la -d- de de[d]o o comi[d]o que los que se la «comen», una «pérdida» que tampoco es, ni mucho menos, exclusiva del «acento andaluz». No estoy diciendo que sean por ello mejores (ni peores) hablantes, pero ¿por qué no suelen ser «criticados» -por lo que ni se enfadan ni ofenden- precisamente los que no airean en todo momento su «orgullo» de hablar «andalú»?

ANTONIO NARBÓN ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA Y VICEDIRECTOR DE LA RASBL

